

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
AUSENCIA DEL **P**RESBÍTERO



TIEMPO ORDINARIO
IIPARTE
CICLO **B**

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:



En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.


Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen,

hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,

nació de santa María Virgen,

padeció bajo el poder de Poncio Pilato,

fue crucificado, muerto y sepultado,

descendió a los infiernos,

al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos

y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,

la comunión de los santos, el perdón de los pecados,

la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,

oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. Luego, si se juzga oportuno, añade:

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiamos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,

démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
bastará para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. **Después hecha la debida reverencia se retira.**





Domingo después de Pentecostés

SANTÍSIMA TRINIDAD

Monición de entrada

Finalizadas las fiestas de Pascua volvemos a la celebración del tiempo ordinario, y lo retomamos celebrando la fiesta de la Santísima Trinidad; la confesión de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; pues Dios se nos ha revelado como Padre que nos ha enviado a su Hijo, hecho hombre como nosotros, y que ha derramado su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado.

Comenzamos este día con un canto de gratitud y de alabanza a Dios que ha querido revelarnos su Misterio; y al mismo tiempo, sea una proclamación de nuestro deseo de

realizar cada día la comunión en el amor con todos los hermanos.

Iniciamos la celebración sintiendo la pobreza de nuestro pecado.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que eres el Hijo amado del Padre. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que eres el Primogénito de toda criatura. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que eres el Ungido por el Espíritu para ansiar la Buena Nueva a todos los hombres. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Gloria

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



ios Padre,
que, al enviar al mundo la Palabra de la verdad
y el Espíritu de la santificación,
revelaste a los hombres tu admirable misterio,

concédenos, al profesar la fe verdadera,
reconocer la gloria de la eterna Trinidad
y adorar la Unidad en su poder y grandeza.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

Hoy, domingo después de Pentecostés, celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad. Una fiesta para contemplar y alabar el misterio del Dios de Jesucristo, que es Uno en la comunión de tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Para celebrar con asombro siempre nuevo Dios-Amor, que nos ofrece gratuitamente su vida y nos pide difundirla en el mundo.

La lecturas bíblicas de hoy nos hacen entender que

Dios no quiere tanto revelarnos que Él existe, sino más bien que es el «Dios con nosotros», cerca de nosotros, que nos ama, que camina con nosotros, está interesado en nuestra historia personal y cuida de cada uno, empezando por los más pequeños y necesitados. Él «es Dios allá arriba en el cielo» pero también «aquí abajo en la tierra» (cf. Deuteronomio 4, 39). Por tanto, nosotros no creemos en una entidad lejana, ¡no! En una entidad indiferente, ¡no! Sino, al contrario, en el Amor que ha creado el universo y ha generado un pueblo, se ha hecho carne, ha muerto y resucitado por nosotros, y como Espíritu Santo todo transforma y lleva a plenitud.

San Pablo (cf. Romanos 8, 14-17), que en primera persona ha experimentado esta transformación realizada por el Dios-Amor, nos comunica su deseo de ser llamado Padre, es más «Papá» —Dios es «nuestro Papá»—, con la total confianza de un niño que se abandona en los brazos de quien le ha dado la vida. El Espíritu Santo —recuerda el apóstol— actuando en nosotros hace que Jesucristo no se reduzca a un personaje del pasado, no, sino que lo sentimos cerca, nuestro contemporáneo, y experimentamos la alegría de ser hijos amados por Dios. Finalmente, en el Evangelio, el Señor resucitado promete permanecer con nosotros para siempre. Y precisamente gracias a esta presencia suya y a la fuerza de

su Espíritu podemos realizar con serenidad la misión que Él nos confía. ¿Cuál es la misión? Anunciar y testimoniar a todos su Evangelio y así dilatar la comunión con Él y la alegría que se deriva. Dios, caminando con nosotros, nos llena de alegría y la alegría es un poco el primer lenguaje del cristiano. Por tanto, la fiesta de la Santísima Trinidad nos hace contemplar el misterio de Dios que incesantemente crea, redime y santifica, siempre con amor y por amor, y a cada criatura que lo acoge le da la posibilidad de reflejar un rayo de su belleza, bondad y verdad. Él desde siempre ha elegido caminar con la humanidad y formar un pueblo que sea bendición para todas las naciones y para cada persona, ninguna excluida. El cristiano no es una persona aislada, pertenece a un pueblo: este pueblo que forma Dios. No se puede ser cristiano sin tal pertenencia y comunión. Nosotros somos pueblo: el Pueblo de Dios. Que la Virgen María nos ayude a cumplir con alegría la misión de testimoniar al mundo, sediento de amor, que el sentido de la vida es precisamente el amor infinito, el amor concreto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Credo

Oración de los fieles

Oremos ahora confiadamente a Dios nuestro Padre, de quien procede todo don y gracia, por Jesucristo Redentor nuestro, en el Espíritu Santo, alma de la Iglesia.

1. Por todos los creyentes, marcados por la fe al ser bautizados en nombre de la Trinidad; para que lleguemos a la unidad querida por Cristo en su santa y única Iglesia.

Roguemos al Señor.

2. Por los monjes y monjas de vida contemplativa, llamados a dar testimonio de la vida y la gracia de Dios en nuestra sociedad; para que sean siempre fieles al don que han recibido de Dios, y surjan vocaciones para continuar el espíritu de oración constante de la Iglesia. **Roguemos al Señor.**

3. Por los que gobiernan las naciones de la tierra; para que procuren la justicia y el bien; y así todos los pueblos puedan llegar al conocimiento de Dios. **Roguemos al Señor.**

4. Por los ancianos, los enfermos, y todos aquellos que sufren en el alma y en el cuerpo; para que encuentren el consuelo y la fortaleza de Dios, y sean acogidos y valorados por la sociedad. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros y por todos los hombres; para que vivamos en plenitud la vida divina presente en nuestros corazones, y

respetemos y amemos así la vida humana como un regalo y don de Dios. **Roguemos al Señor.**

Padre, fiel y misericordioso, que nos has revelado el misterio de tu vida al darnos a tu Hijo unigénito y el Espíritu de amor; escucha nuestras plegarias, afianza nuestra fe, e inspíranos sentimientos de paz y esperanza, para que reunidos en la comunión de tu Iglesia bendigamos tu nombre glorioso y santo. Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

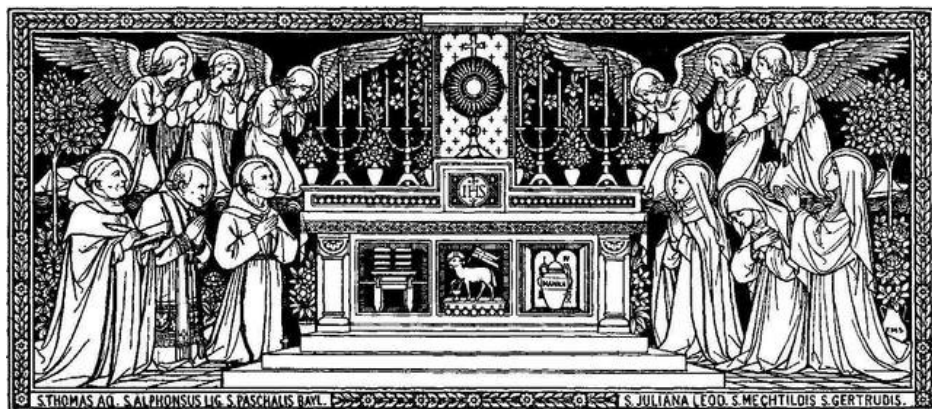
Señor y Dios nuestro,
que la recepción de este sacramento
y la profesión de fe en la santa y eterna Trinidad
y en su Unidad indivisible,
nos aprovechen para la salvación del alma
y del cuerpo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



Domingo después de la Santísima Trinidad

SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

Monición de entrada

Celebramos hoy la gran solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo; la fiesta del Corpus Christi, en la que recordamos de un modo muy especial que Jesucristo, tras mostrarnos el camino de amor de Dios, nos dejó este memorial de su pasión, muerte y resurrección; esta presencia suya en medio de nosotros, real y misteriosa, en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Por eso que todos los cristianos, cada vez que nos reunimos para celebrar la Eucaristía, repitiendo sus gestos y sus palabras, debemos sentir la alegría de tenerlo aquí, realmente presente con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divini-

dad, acompañando nuestras vidas, como alimento de vida eterna.

Pongámonos en su presencia al empezar la celebración de la Eucaristía, y pidámosle que, para celebrar dignamente el misterio de su memorial, nos llene de su gracia y perdone nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú que nos has amado y nos has mostrado el amor del Padre. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que eres el Pan vivo que alimenta nuestra fe. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que has derramado tu Sangre para la redención de la humanidad entera. .Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Oh Dios,
que en este Sacramento admirable
nos dejaste el memorial de tu pasión,
te pedimos nos concedas venerar de tal modo
los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos constantemente en nosotros
el fruto de tu redención.

Tú que vives y reinas con Dios Padre
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

Hoy se celebra la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo o, según la expresión latina más conocida, la solemnidad del Corpus Domini. El Evangelio nos trae las

palabras de Jesús, pronunciadas en la Última Cena con sus discípulos: «*Tomad, este es mi cuerpo*». Y después: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Marcos, 14, 22-24)

Precisamente en la fuerza de ese testamento de amor, la comunidad cristiana se reúne cada domingo y cada día, en torno a la eucaristía, sacramento del sacrificio redentor de Cristo. Y atraídos por su presencia real, los cristianos lo adoran y lo contemplan a través del humilde signo del pan convertido en su Cuerpo. Cada vez que celebramos la eucaristía, a través de este Sacramento sobrio y al mismo tiempo solemne, experimentamos la Nueva Alianza, que realiza en plenitud la comunión entre Dios y nosotros. Y como participantes de esta Alianza, nosotros, aunque pequeños y pobres, colaboramos en la edificación de la historia, como quiere Dios. Por eso, toda celebración eucarística a la vez que constituye un acto de culto público a Dios, recuerda la vida y hechos concretos de nuestra existencia. Mientras nos nutrimos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos asimilamos a Él, recibimos en nosotros su amor, no para retenerlo celosamente, sino para compartirlo con los demás. Esta lógica está inscrita en la eucaristía, recibimos su amor en nosotros y lo compartimos con los demás. Esta es la lógica eucarística. En ella, de hecho, contemplamos a Jesús como pan partido y donado,

sangre derramada por nuestra salvación. Es una presencia que, como un fuego, quema en nosotros las actitudes egoístas, nos purifica de la tendencia a dar sólo cuando hemos recibido, y enciende el deseo de hacernos, también nosotros, en unión con Jesús, pan partido y sangre derramada por los hermanos.

Por lo tanto, la fiesta del Corpus Domini es un misterio de atracción y de transformación en Él. Y es escuela de amor concreto, paciente y sacrificado, como Jesús en la cruz. Nos enseña a ser más acogedores y disponibles con quienes están en búsqueda de comprensión, ayuda, aliento y están marginados y solos. La presencia de Jesús vivo en la eucaristía es como una puerta, una puerta abierta entre el templo y el camino, entre la fe y la historia, entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Expresión de la piedad eucarística popular son las procesiones con el Santísimo Sacramento, que en la solemnidad de hoy se llevan a cabo en muchos países. Que la Virgen nos acompañe en este día.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Antes de disponer la mesa santa donde el Señor hará nuevamente presente el misterio pascual que salva a todos los hombres, elevemos nuestras súplicas confiadas a Dios nuestro Padre.

1. Para que fiel al mandato que ha recibido de Cristo, la Iglesia perpetúe siempre y en todas partes el memorial de su muerte y resurrección. **Roguemos al Señor.**

2. Para que los sacerdotes que celebran la Eucaristía para todo el pueblo de Dios tengan siempre fortaleza de ánimo y sean muchos quienes sigan la vocación sacerdotal. **Roguemos al Señor.**

3. Para que los gobernantes de nuestros pueblos y naciones realicen sin dificultad su servicio al bien común y la paz sea una realidad en el mundo. **Roguemos al Señor.**

4. Para que las asociaciones que emplean su tiempo y sus bienes en servir a los necesitados vivan siempre la presencia de Cristo en los hermanos. **Roguemos al Señor.**

5. Para que todos nosotros que celebramos cada domingo el memorial del Señor, experimentemos el aliento y la fuerza de este sacramento admirable. **Roguemos al Señor.**

Señor, Dios vivo, escucha a tu pueblo reunido en torno a este altar para ofrecerte el sacrificio de la nueva alianza, y purifica nuestros corazones para que en la Cena del Cordero podamos pregonar la Pascua eterna en la Jerusalén del cielo. Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

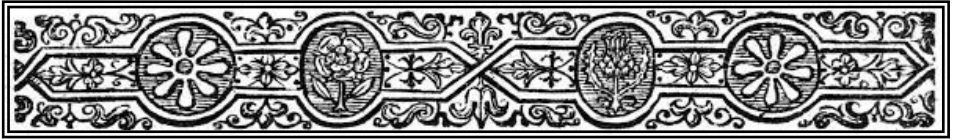
Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

La comunión de tu Cuerpo y Sangre, Señor,
signo del banquete del reino
que hemos gustado en nuestra vida mortal,
nos llene del gozo eterno de tu divinidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada y acto penitencial:

Todos los domingos, la Palabra que proclamamos y la Eucaristía que compartimos deberían recordarnos que nuestra fe es una gran esperanza, un gran anhelo. La gran esperanza de una vida transformada, de un mundo marcado por la generosidad y el amor. La gran esperanza de vivir como Jesucristo vivió; la gran esperanza de su reino. Por eso pedimos: *Escúchame, Señor, que te llamo. Tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.* Comencemos pues, la celebración en silencio, poniéndonos ante Dios y pidiéndole que transforme nuestros corazones.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

Tú que no has venido a condenar sino a perdonar. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú que has dicho que hay gran fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú que perdonas mucho a quien mucho ama. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



h, Dios, fuerza de los que en ti esperan, escucha con bondad nuestras súplicas y, pues sin ti nada puede la fragilidad de nuestra naturaleza, concédenos siempre la ayuda de tu gracia, para que, al poner en práctica tus mandamientos, te agrademos con nuestros deseos y acciones. Por nuestro Señor Jesucristo.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

En la página del Evangelio de hoy (cf. Marcos 4, 26-34), Jesús habla a la multitud del Reino de Dios y de los dinámicos de su crecimiento, y lo hace contando dos breves parábolas.

En la primera parábola (cf. vv. 26-29), el Reino de Dios se compara con el crecimiento misterioso de la semilla, que se lanza al terreno y después germina, crece y produce trigo, independientemente del cuidado cotidiano, que al finalizar la maduración se recoge. El mensaje de esta parábola lo que nos enseña es esto: mediante la predicación y la acción de Jesús, el Reino de Dios es anunciado, irrumpe en el campo del mundo y, como la semilla, crece y se desarrolla por sí mismo, por fuerza propia y según criterios humanamente no descifrables. Esta, en su crecer y brotar dentro de la historia, no depende tanto de la obra del hombre, sino que es sobre todo expresión del poder y de la bondad de Dios, de la fuerza del Espíritu Santo que lleva adelante la vida cristiana en el Pueblo de Dios. A veces la historia, con sus sucesos y sus protagonistas, parece ir en sentido contrario al designio del Padre celestial, que quiere para todos sus hi-

jos la justicia, la fraternidad, la paz. Pero nosotros estamos llamados a vivir estos periodos como temporadas de prueba, de esperanza y de espera vigilante de la cosecha. De hecho, ayer como hoy, el Reino de Dios crece en el mundo de forma misteriosa, de forma sorprendente, desvelando el poder escondido de la pequeña semilla, su vitalidad victoriosa. Dentro de los pliegues de eventos personales y sociales que a veces parecen marcar el naufragio de la esperanza, es necesario permanecer confiados en el actuar tenue pero poderoso de Dios. Por eso, en los momentos de oscuridad y de dificultad nosotros no debemos desmoronarnos, sino permanecer anclados en la fidelidad de Dios, en su presencia que siempre salva. Recordad esto: Dios siempre salva. Es el salvador.

En la segunda parábola (cf. vv. 30-32), Jesús compara el Reino de Dios con un grano de mostaza. Es un semilla muy pequeña, y sin embargo se desarrolla tanto que se convierte en la más grande de todas las plantas del huerto: un crecimiento imprevisible, sorprendente. No es fácil para nosotros entrar en esta lógica de la imprevisibilidad de Dios y aceptarla en nuestra vida. Pero hoy el Señor nos exhorta a una actitud de fe que supera nuestros proyectos, nuestros cálculos, nuestras previsiones. Dios es siempre el Dios de las sorpresas. El Señor siempre nos sorprende. Es una invitación a abrirnos con más generosidad a los planes de Dios,

tanto en el plano personal como en el comunitario. En nuestras comunidades es necesario poner atención en las pequeñas y grandes ocasiones de bien que el Señor nos ofrece, dejándonos implicar en sus dinámicas de amor, de acogida y de misericordia hacia todos. La autenticidad de la misión de la Iglesia no está dada por el éxito o por la gratificación de los resultados, sino por el ir adelante con la valentía de la confianza y la humildad del abandono en Dios. Ir adelante en la confesión de Jesús y con la fuerza del Espíritu Santo. Es la consciencia de ser pequeños y débiles instrumentos, que en las manos de Dios y con su gracia pueden cumplir grandes obras, haciendo progresar su Reino que es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14, 17). Que la Virgen María nos ayude a ser sencillos, a estar atentos, para colaborar con nuestra fe y con nuestro trabajo en el desarrollo del Reino de Dios en los corazones y en la historia.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Elevemos ahora nuestras súplicas confiadas al Señor, nuestro Dios, que es bueno y siempre nos escucha, rogándole que su bondad supla lo que no podemos esperar de nuestros méritos.

1. Por la Iglesia, que ha recibido la misión de sembrar el reino de Dios en el mundo; para que sea perseverante y paciente en su tarea. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones sacerdotales; para que nunca falten quienes siembren en el surco de nuestros corazones la semilla del reino, y la rieguen con los sacramentos. Roguemos al Señor.

3. Por responsables de la educación; para que no se desalienten en su difícil empeño y respeten el ritmo del crecimiento de la buena semilla. Roguemos al Señor.

4. Por los que se sienten fracasados y sin ilusión en sus vidas; para que encuentren estímulos, y sepan confiar y esperar. Roguemos al Señor.

5. Por todos nosotros; para que seamos la tierra buena y bien dispuesta, y la semilla del reino de Dios, sembrada en nosotros, alcance su desarrollo. Roguemos al Señor.

Oh Padre, que con profusión siembras en nuestros corazones la semilla de la verdad y la gracia, mira con bondad nuestra oración y concédenos cultivar con paciencia evangélica y acoger con humilde fe el grano que has plantado, sabiendo que hay más amor y justicia cada vez que tu palabra produce fruto en nuestras vidas.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Señor,
esta santa comunión contigo que hemos recibido,
anticipo de la unión de los fieles en ti,
realice también la unidad en tu Iglesia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO “B”

Monición de entrada

Cada domingo nos congregada la invitación que nos hace el Señor Jesús para que celebremos su Pascua, alimentándonos con su Palabra y con su Pan de Vida. Palabra y Pan de Vida que todos necesitamos para nuestro camino de cada día. Sabemos que *El Señor es fuerza para su pueblo, apoyo y salvación para su Ungido*, por eso le pedimos: *Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad, sé su pastor por siempre.*

Ahora, en silencio, reconociendo lo que hay de pecado en cada uno de nosotros, pongámonos ante el Señor, muerto y resucitado para nuestra salvación, y pidámosle perdón por nuestras faltas, suplicando que envíe sobre nosotros su Espíritu renovador.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

- Tú, que has sido probado como nosotros. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú, que has dado tu vida en rescate por todos. Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú, que eres nuestro abogado ante el Padre. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Se concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Doncédenos tener siempre, Señor, respeto y amor a tu santo nombre, porque jamás dejas de dirigir a quienes estableces en el sólido fundamento de tu amor. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo que contigo vive y reina

en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Homilía

En la oración colecta hemos rezado: *«Concédenos vivir siempre, Señor, en el amor y respeto a tu santo nombre, porque jamás dejas de dirigir a quienes estableces en el sólido fundamento de tu amor»*. Las lecturas que hemos escuchado nos muestran cómo es este amor de Dios hacia nosotros: es un amor fiel, un amor que recrea todo, un amor estable y seguro.

El Salmo nos ha invitado a dar gracias al Señor *«porque es eterna su misericordia»*. Este es el amor fiel, la fidelidad: es un amor que no defrauda, jamás disminuye. Jesús encarna este amor, es su Testigo. Él nunca se cansa de amarnos, de soportarnos, de perdonarnos, y así, nos acompaña en el camino de la vida, según la promesa que hizo a sus discípulos: *«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»* (Mt 28, 20). Por amor se hizo hombre, por amor murió y resucitó, y por amor está siempre a nuestro

lado, en los momentos bellos y difíciles. Jesús nos ama siempre, hasta el final, sin límites y sin medida. Y nos ama a todos, hasta el punto que cada uno de nosotros puede decir: «*Ha dado su vida por mí*». ¡Por mí! La fidelidad de Jesús no se rinde ni siquiera ante nuestra infidelidad. Nos lo recuerda san Pablo: «*Si somos infieles, Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo*» (2 Tm 2, 13). Jesús permanece fiel, incluso cuando nos hemos equivocado, y nos espera para perdonarnos: Él es el rostro del Padre misericordioso. Este es el amor fiel.

El segundo aspecto: el amor de Dios re-crea todo, es decir, hace nuevas todas las cosas, como nos ha recordado la segunda Lectura. Reconocer los propios límites, las propias debilidades, es la puerta que abre al perdón de Jesús, a su amor que puede renovarnos profundamente, que puede re-crearnos. La salvación puede entrar en el corazón cuando nos abrimos a la verdad y reconocemos nuestros errores, nuestros pecados; entonces hacemos experiencia, esa hermosa experiencia de Aquél que vino no por los sanos, sino por los enfermos, no por los justos, sino por los pecadores (cf. Mt 9, 12-13); experimentamos su paciencia, su ternura, su voluntad de salvar a todos. ¿Y cuál es el signo? El signo de que somos «*nuevos*» y que fuimos transformados por el amor de Dios es reconocerse despojado de las vestiduras

gastadas y viejas de los rencores y las enemistades para vestir la túnica limpia de la mansedumbre, la benevolencia, el servicio a los demás y la paz del corazón, propia de los hijos de Dios. El espíritu del mundo está siempre en busca de novedades, pero solamente la fidelidad de Jesús es capaz de la auténtica novedad, de hacernos hombres nuevos, de re-crearnos.

Por último, el amor de Dios es estable y seguro, como los escollos rocosos que protegen de la violencia de las olas. Jesús lo manifiesta en el milagro narrado por el Evangelio, cuando aplaca la tempestad, ordenando al viento y al mar (cf. Mc 4, 41). Los discípulos tienen miedo porque se dan cuenta que no pueden, pero Él abre sus corazones a la valentía de la fe. Ante el hombre que grita: «*No puedo más*», el Señor sale su encuentro, le ofrece la roca de su amor, al cual cada uno puede aferrarse seguro de que no caerá. ¡Cuántas veces sentimos que no podemos más! Pero Él está a nuestro lado con la mano y el corazón abierto.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos a Dios, nuestro Padre, a quien encomendamos nuestra causa, pidiéndole que su bondad nos escuche, y

que por su gran misericordia, se vuelva hacia nosotros.

1. Por la Iglesia; para que no tenga miedo a la persecución por el evangelio, sino que siempre y en todo lugar proclame la buena noticia de Cristo salvador. **Roguemos al Señor.**
2. Por los jóvenes; para que no tenga miedo y sigan a Jesucristo, el amigo siempre fiel, sin regatearle amor, entrega y firmeza. **Roguemos al Señor.**
3. Por cuantos gobiernan la sociedad; para que permitan el progreso material, moral y espiritual de la gran familia humana. **Roguemos al Señor.**
4. Por todos los que se avergüenzan de confesar su fe; para tengan el valor de ponerse de parte de Dios ante los hombres. **Roguemos al Señor.**

Por nosotros, aquí reunidos; para que no temamos dar testimonio de nuestra fidelidad a Cristo. **Roguemos al Señor.**

Oh Dios, escucha las oraciones de tu pueblo y sostenenos con el poder de tu Espíritu, para confesar tu nombre ante los hombres, para ser reconocidos por tu Hijo el día de su venida.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

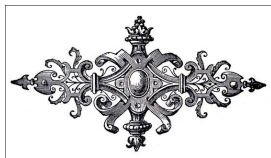
Oremos (Se hace un momento de silencio)

Renovados por la recepción del Cuerpo Santo
y de la Sangre preciosa,
imploramos tu bondad, Señor,
para obtener con segura clemencia
lo que celebramos con fidelidad constante.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.





XIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada

Una invitación gozosa a cantar con alegría a nuestro Dios abre hoy la celebración de este domingo: *Pueblos todos...aclamad a Dios con gritos de júbilo*. A través del tiempo, domingo tras domingo, el Señor Jesús nos sigue convocando para la celebración de la Eucaristía; para hacernos ver que Él está presente en nuestras vidas, e invitarnos a celebrar gozosamente la fuente de vida que Él es para nosotros. Démosle gracias de todo corazón, porque siempre nos acompaña, y se nos da como alimento en el duro caminar de cada día y, en unos momentos de silencio, acojamos su misericordia reconociendo ante Él nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

- Tú que eres la salud del mundo. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

- Tú que eres la resurrección y la vida: Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú que eres nuestra única esperanza: Señor ten piedad.
Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Oh, Dios,
que por la gracia de la adopción
has querido hacernos hijos de la luz,
concédenos que no nos veamos envueltos
por las tinieblas del error,
sino que nos mantengamos siempre
en el esplendor de la verdad.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 5, 21-43) presenta dos prodigios hechos por Jesús, describiéndolos casi como una especie de marcha triunfal hacia la vida.

Primero el Evangelista narra acerca de un cierto Jairo, uno de los jefes de la Sinagoga, que va donde Jesús y le suplica ir a su casa porque la hija de doce años se está muriendo. Jesús acepta y va con él; pero, de camino, llega la noticia de que la chica ha muerto. Podemos imaginar la reacción de aquel padre. Pero Jesús le dice: «*No temas. Solamente ten fe*» (v. 36). Llegados a casa de Jairo, Jesús hace salir a la gente que lloraba —había también mujeres dolientes que gritaban fuerte— y entra en la habitación solo con los padres y los tres discípulos y dirigiéndose a la difunta dice: «*Muchacha, a ti te digo, levántate*» (v. 41). E inmediatamente la chica se levanta, como despertándose de un sueño profundo (cf. v. 42).

Dentro del relato de este milagro, Marcos incluye otro: la curación de una mujer que sufría de hemorragias y se cura en cuanto toca el manto de Jesús (cf. v. 27). Aquí impre-

siona el hecho de que la fe de esta mujer atrae el poder divino de salvación que hay en Cristo, el que, sintiendo que una fuerza «*había salido de Él*», intenta entender qué ha pasado. Y cuando la mujer, con mucha vergüenza, se acercó y confesó todo, Él le dice: «*Hija, tu fe te ha salvado*» (v. 34). Se trata de dos relatos entrelazados, con un único centro: la fe, y muestran a Jesús como fuente de vida, como Aquél que vuelve a dar la vida a quien confía plenamente en Él. Los dos protagonistas, es decir, el padre de la muchacha y la mujer enferma, no son discípulos de Jesús y sin embargo son escuchados por su fe. Tienen fe en aquel hombre. De esto comprendemos que en el camino del Señor están admitidos todos: ninguno debe sentirse un intruso o uno que no tiene derecho. Para tener acceso a su corazón, al corazón de Jesús hay un solo requisito: sentirse necesitado de curación y confiarse a Él. Yo os pregunto: ¿Cada uno de vosotros se siente necesitado de curación? ¿De cualquier cosa, de cualquier pecado, de cualquier problema? Y, si siente esto, ¿tiene fe en Jesús? Son dos los requisitos para ser sanados, para tener acceso a su corazón: sentirse necesitados de curación y confiarse a Él. Jesús

La salvación llevada a cabo por la muerte y resurrección de Jesucristo posee una dimensión universal: no sólo va a descubrir a estas personas entre la muchedumbre y les

saca del anonimato, los libera del miedo de vivir y de atreverse. Lo hace con una mirada y con una palabra que los pone de nuevo en camino después de tantos sufrimientos y humillaciones. También nosotros estamos llamados a aprender y a imitar estas palabras que liberan y a estas miradas que restituyen, a quien está privado, las ganas de vivir.

En esta página del Evangelio se entrelazan los temas de la fe y de la vida nueva que Jesús ha venido a ofrecer a todos. Entrando en la casa donde la muchacha yace muerta, Él echa a aquellos que se agitan y se lamentan (cf. v. 40) y dice: «*La niña no ha muerto; está dormida*» (v. 39). Jesús es el Señor y delante de Él la muerte física es como un sueño: no hay motivo para desesperarse. Otra es la muerte de la que tener miedo: la del corazón endurecido por el mal. ¡De esa sí que tenemos que tener miedo! Cuando sentimos que tenemos el corazón endurecido, el corazón que se endurece y, me permito la palabra, el corazón momificado, tenemos que sentir miedo de esto. Esta es la muerte del corazón. Pero incluso el pecado, incluso el corazón momificado, para Jesús nunca es la última palabra, porque Él nos ha traído la infinita misericordia del Padre. E incluso si hemos caído, su voz tierna y fuerte nos alcanza: «*Yo te digo: ¡Levántate!*». Es hermoso sentir aquella palabra de Jesús dirigida a cada uno

de nosotros: «yo te digo: Levántate. Ve. ¡Levántate, valor, levántate!». Y Jesús vuelve a dar la vida a la muchacha y vuelve a dar la vida a la mujer sanada: vida y fe a las dos.

Pidamos a la Virgen María que acompañe nuestro camino de fe y de amor concreto, especialmente hacia quien está en necesidad. E invoquemos su maternal intercesión para nuestros hermanos que sufren en el cuerpo y en el espíritu.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos, hermanos, a Dios Padre, cuya bondad dura por siempre, pidiéndole que nos escuche y tenga piedad de nosotros.

1. Para que la Iglesia sea cada día más comunidad, signo de Cristo, que se hizo pobre por amor, y la fe de tantos cristianos, todavía imperfecta, se purifique y llegue a ser adhesión a Cristo Salvador. **Roguemos al Señor.**

2. Para que Jesús llame a muchos jóvenes al ministerio sacerdotal, y éstos no teman seguirlo con generosidad.

Roguemos al Señor.

3. Para que los gobernantes trabajen para que el respeto a la vida y los derechos de la persona prevalezcan siempre sobre cualesquiera otros intereses. **Roguemos al Señor.**

4. Para que los que sufren en el cuerpo o en el alma encuentren en Cristo y en su palabra un motivo para seguir esperando. **Roguemos al Señor.**

5. Para que todos nosotros, dando gracias al nombre santo del Señor, seamos capaces de ser generosos, a imitación de Cristo, que nos enriqueció a todos con su pobreza.

Roguemos al Señor.

Oh Padre, que en el misterio de tu Hijo pobre y crucificado has querido enriquecernos con todo bien; escucha nuestras oraciones y haz que no temamos la pobreza ni la cruz, para llevar a nuestros hermanos la alegre novedad del Evangelio.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

La ofrenda divina
que hemos presentado y recibido nos vivifique,
Señor, para que, unidos a ti en amor continuo,
demos frutos que siempre permanezcan .
Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





XIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial

Nos reunimos en comunidad para renovar nuestra adhesión fiel a Jesucristo, nuestro deseo de seguirlo. Por eso decimos al iniciarla: *Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo*; lo hacemos por medio de la escucha de su palabra y la comunión de su Cuerpo .

Comencemos, por tanto, la celebración; pongámonos en silencio reconociendo ante el Señor nuestra debilidad y pecado, y pidiéndole su gracia salvadora a fin de que su alabanza llegue al confín de la tierra.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que enseñabas en la sinagoga. Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú que nos das fuerza en la debilidad. Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú que curabas a los enfermos imponiéndoles las manos

Señor ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



Oh, Dios, que en la humillación de tu Hijo
levantaste a la humanidad caída,
concede a tus fieles una santa alegría,
para que disfruten del gozo eterno
los que libraste de la esclavitud del pecado.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La página evangélica del día (cf. *Marcos* 6, 1-6) presenta a Jesús cuando vuelve a Nazaret y un sábado comienza a enseñar en la sinagoga. Desde que había salido de Nazaret y comenzó a predicar por las aldeas y los pueblos vecinos, no había vuelto a poner un pie en su patria.

Ha vuelto. Por lo tanto, irá todo el vecindario a escuchar a aquel hijo del pueblo cuya fama de sabio maestro y de poder sanador se difundía por toda la Galilea y más allá. Pero lo que podría considerarse como un éxito, se transformó en un clamoroso rechazo, hasta el punto que Jesús no pudo hacer ningún prodigio, tan solo algunas curaciones (cf. v. 5).

La dinámica de aquel día está reconstruida al detalle por el evangelista Marcos: la gente de Nazaret primero escucha y se queda asombrada; luego se pregunta perpleja: «¿de dónde vienen estas cosas?», ¿esta sabiduría?, y finalmente se escandaliza, reconociendo en Él al carpintero, el hijo de María, a quien vieron crecer (vv. 2-3).

Por eso, Jesús concluye con la expresión que se ha convertido en proverbial: «*un profeta solo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio*» (v. 4). Nos preguntamos: ¿Por qué los compatriotas de Jesús pasan de

la maravilla a la incredulidad? Hacen una comparación entre el origen humilde de Jesús y sus capacidades actuales: es carpintero, no ha estudiado, sin embargo, predica mejor que los escribas y hace milagros.

Y en vez de abrirse a la realidad, se escandalizan: ¡Dios es demasiado grande para rebajarse a hablar a través de un hombre tan simple! Es el escándalo de la encarnación: el evento desconcertante de un Dios hecho carne, que piensa con una mente de hombre, trabaja y actúa con manos de hombre, ama con un corazón de hombre, un Dios que lucha, come y duerme como cada uno de nosotros.

El Hijo de Dios da la vuelta a cada esquema humano: nos son los discípulos quienes lavaron los pies al Señor, sino que es el Señor quien lavó los pies a los discípulos (cf. *Juan 13, 1-20*). Este es un motivo de escándalo y de incredulidad no solo en aquella época, sino en cada época, también hoy. El cambio hecho por Jesús compromete a sus discípulos de ayer y de hoy a una verificación personal y comunitaria. También en nuestros días, de hecho, puede pasar que se alimenten prejuicios que nos impiden captar la realidad. Pero el Señor nos invita a asumir una actitud de escucha humilde y de espera dócil, porque la gracia de Dios a menudo se nos presenta de maneras sorprendentes, que no se correspon-

den con nuestras expectativas. Pensemos juntos en la Madre Teresa de Calcuta, por ejemplo. Una hermana pequeña que iba por las calles recogiendo moribundos para que tuvieran una muerte digna. Esta pequeña hermana, con la oración y con su obra hizo maravillas. La pequeñez de una mujer revolucionó la obra de la caridad en la Iglesia. Es un ejemplo de nuestros días. Dios no se ajusta a los prejuicios. Debemos esforzarnos en abrir el corazón y la mente, para acoger la realidad divina que viene a nuestro encuentro. Se trata de tener fe: la falta de fe es un obstáculo para la gracia de Dios.

Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y signos de fe, pero no corresponden a una verdadera adhesión a la persona de Jesús y a su Evangelio. Cada cristiano —todos nosotros, cada uno de nosotros— está llamado a profundizar en esta pertenencia fundamental, tratando de testimoniarla con una conducta coherente de vida, cuyo hilo conductor será la caridad. Pidamos al Señor, que por intercesión de la Virgen María, deshaga la dureza de los corazones y la estrechez de las mentes, para que estemos abiertos a su gracia, a su verdad y a su misión de bondad y misericordia, dirigida a todos, sin exclusión.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Llenos de confianza en el Señor, y esperando en su misericordia, le presentamos nuestras oraciones por la Iglesia y por el mundo entero.

1. Por todos los que en la Iglesia han recibido el encargo de anunciar la palabra de Dios; para que, fieles al mensaje, sepan presentarlo a todos con un lenguaje adecuado a cada tiempo y lugar. **Roguemos al Señor.**

2. Por las familias; para que eduquen a sus hijos en los valores del Evangelio y para que de ellas surjan nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Roguemos al Señor.

3. Por nuestras autoridades civiles; para que trabajen a fin de que en nuestro país reinen el respeto, la solidaridad, y el empeño por el bien común. **Roguemos al Señor.**

4. Por los que rechazan toda autoridad, todo magisterio, y pretenden conducirse por sí mismos; para que reconozcan su extravío y depongan su autosuficiencia. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, aquí reunidos; para que escuchemos la palabra de Dios, meditándola en nuestro corazón, y así influya en nuestra vida. **Roguemos al Señor.**

Escucha, oh Padre, nuestras oraciones, para que sepamos reconocer tu gloria en la humillación de tu Hijo y en nuestra debilidad humana experimentemos el poder de su resurrección.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Colmados de tan grandes bienes, concédenos, Señor, alcanzar los dones de la salvación y no cesar nunca en tu alabanza.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18.



XV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Convocados por el Señor resucitado para escuchar su palabra y celebrar la Eucaristía, hacemos nuestras las palabras con las que se abren esta celebración: *Inclínad vuestro oído y venid a mi...*des este modo, reuniéndonos en su presencia podremos saciarnos de su semblante. Dispongámonos, pues, a acogerle. Dejémonos seducir por Él y trabajemos con perseverancia y con ilusión, para que su Reino llegue a todos los hombres y mujeres del mundo.

Y este Dios que nos convoca, nos quiere ante Él santos e irreprochables por amor. Por eso nos ha rescatado del dominio del pecado por la Sangre de su Hijo. Pero nuestra vida cristiana desfallece a menudo, y no siempre vivimos como hijos de Dios. Por eso, al comenzar la Eucaristía pidamos de todo corazón perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que con tu muerte has vencido el mal del mundo. Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

- Tú que con tu resurrección has renovado nuestra naturaleza. Cristo ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos has dado el Espíritu Santo para hacer de nosotros criaturas nuevas. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



h, Dios, que muestras la luz de tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al buen camino, concede a todos los que se profesan cristianos rechazar lo que es contrario a este nombre y cumplir cuanto en él se significa. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo,

y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de hoy (cf. *Marcos* 6, 7-13) narra el momento en el que Jesús envía a los Doce en misión. Después de haberles llamado por su nombre uno por uno, «para que estuvieran con él» (*Marcos* 3, 14) escuchando sus palabras y observando sus gestos de sanación, entonces les convoca de nuevo para «*enviarlos de dos en dos*» (6, 7) a los pueblos a los que Él iba a ir. Son una especie de «*prácticas*» de lo que serán llamados a hacer después de la Resurrección del Señor con el poder del Espíritu Santo. El pasaje evangélico se detiene en el estilo del misionero, que podemos resumir en dos puntos: la misión tiene un centro; la misión tiene un rostro.

El discípulo misionero tiene antes que nada su centro de referencia, que es la persona de Jesús. La narración lo indica usando una serie de verbos que tienen Él por sujeto —«*llama*», «*comenzó a mandarlos*», «*dándoles poder*»,

«ordenó», «les dijo» (vv. 7.8.10)—, así que el ir y el obrar de los Doce aparece como el irradiarse desde un centro, el re-proponerse de la presencia y de la obra de Jesús en su acción misionera. Esto manifiesta cómo los apóstoles no tienen nada propio que anunciar, ni propias capacidades que demostrar, sino que hablan y actúan como «*enviados*», como mensajeros de Jesús.

Este episodio evangélico se refiere también a nosotros, y no solo a los sacerdotes, sino a todos los bautizados, llamados a testimoniar, en los distintos ambientes de vida, el Evangelio de Cristo. Y también para nosotros esta misión es auténtica solo a partir de su centro inmutable que es Jesús. No es una iniciativa de los fieles ni de los grupos y tampoco de las grandes asociaciones, sino que es la misión de la Iglesia inseparablemente unida a su Señor. Ningún cristiano anuncia el Evangelio «*por sí*», sino solo enviado por la Iglesia que ha recibido el mandado de Cristo mismo. Es precisamente el bautismo lo que nos hace misioneros. Un bautizado que no siente la necesidad de anunciar el Evangelio, de anunciar a Jesús, no es un buen cristiano.

La segunda característica del estilo del misionero es, por así decir, un rostro, que consiste en la pobreza de medios. Su equipamiento responde a un criterio de sobriedad. Los Doce, de hecho, tienen la orden de «*que nada tomasen para el*

camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja» (v. 8). El Maestro les quiere libres y ligeros, sin apoyos y sin favores, seguros solo del amor de Él que les envía, fuerte solo por su palabra que van a anunciar. El bastón y las sandalias son la dotación de los peregrinos, porque tales son los mensajeros del reino de Dios, no gerentes omnipotentes, no funcionarios inamovibles, no divas de gira, sino humildes trabajadores del reino. Tenían este rostro. Y a este «*rostro*» pertenece también la forma en la que es acogido el mensaje: puede, de hecho, suceder no ser escuchados o acogidos (cf. v. 11). También esto es pobreza: la experiencia del fracaso. La situación de Jesús, que fue rechazo y crucificado, prefigura el destino de su mensajero. Y solo si estamos unidos a Él, muerto y resucitado, conseguimos encontrar la valentía de la evangelización.

Que la Virgen María, primera discípula y misionera de la Palabra de Dios, nos ayude a llevar al mundo el mensaje del Evangelio en un júbilo humilde y radiante, más allá de todo rechazo, incompreensión o tribulación.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Confiados en la bondad de Dios, nuestro Padre, que conoce los corazones de sus fieles, le presentamos nuestras oraciones pidiéndole que nos dé su gracia para ser fieles a su Palabra.

1. Para que la Iglesia, enviada por Cristo al mundo, pueda anunciar el Evangelio en todas partes con entera libertad.

Roguemos al Señor.

2. Para que nunca falten en nuestra diócesis sacerdotes que anuncien la salvación de Dios y denuncien las injusticias de los hombres. **Roguemos al Señor.**

4. Para que la justicia y la paz se besen en nuestro mundo, y todos disfrutemos de prosperidad y libertad.

Roguemos al Señor.

5. Para que los enfermos reciban nuestra ayuda y afecto cristiano que les haga superar con fe y esperanza su dolor.

Roguemos al Señor.

6. Para que todos los cristianos nos hagamos presentes en medio del mundo y los hombres reconozcan en nuestras actitudes la fidelidad de Dios. **Roguemos al Señor.**

Escucha, Padre todopoderoso, nuestras oraciones y concédenos no tener nada por encima de tu Hijo, que revela al mundo el misterio de tu amor y la verdadera dignidad del hombre; cólmanos de tu Espíritu para que lo anunciemos a los hermanos con la fe y con las obras. Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace un momento de silencio)

Después de recibir estos dones,
te pedimos, Señor,
que aumente en nosotros
el fruto de nuestra salvación
con la participación frecuente en este sacramento.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18



XVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Monición de entrada y acto penitencial.

Nos reunimos para dar gracias a Dios; *Él es nuestro auxilio y sostiene nuestra vida*; lo hace por medio de la fe que nos ha regalado, por el amor de Jesucristo que nos acompaña, por el don de la vida que se nos ofrece todos los domingos en la celebración que nos congrega. Por damos gracias a su nombre que es bueno.

Pongámonos pues, en silencio delante de Dios al comenzar estos misterios; y pidámosle que nos llene de su gracia, de su amor, y de su perdón.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que eres nuestro Pastor. Señor ten piedad

R. Señor, ten piedad.

- Tú que eres nuestro Salvador. Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos reconcilias con el Padre. Señor ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



uéstrate propicio con tus siervos, Señor,
y multiplica compasivo los dones de tu gracia sobre
ellos, para que,

encendidos de fe, esperanza y caridad,
perseveren siempre, con observancia atenta,
en tus mandatos.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

**Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.**

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de hoy (cf. *Marcos 6, 30-34*) nos narra que los apóstoles, tras su primera misión, regresaron donde estaba Jesús y le contaron *«todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado»* (v. 30). Después de la experiencia de la misión, ciertamente entusiasta pero también agotadora, tenían necesidad de descanso. Jesús, lleno de comprensión, se preocupa de asegurarles un poco de alivio y dice: *«Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco»* (v. 31). Pero esta vez la intención de Jesús no se puede realizar, porque la multitud, intuyendo el lugar solitario hacia donde se dirigía con la barca junto con sus discípulos, corrió hacia allí antes de su llegada. Eso mismo también puede suceder hoy. A veces no logramos realizar nuestros proyectos porque surge un imprevisto urgente que modifica nuestros programas y que exige parte y disponibilidad hacia las necesidades de los demás.

En estas circunstancias estamos llamados a imitar todo lo que hizo Jesús: *«Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas»* (v. 34). En esta breve frase, el evangelista nos ofrece un *flash* de especial intensidad, fotografiando los ojos del divino Maestro y su

actitud. Observemos los tres verbos de este fotograma: ver, tener compasión, enseñar. Los podemos llamar los verbos del Pastor. La mirada de Jesús no es una mirada neutra, o peor, fría o alejada, porque Jesús mira siempre con los ojos del corazón. Y su corazón es tan tierno y está tan lleno de compasión, que sabe acoger las necesidades de las personas que permanecen incluso más escondidas. Además, su compasión no indica simplemente una reacción emotiva frente a una situación de malestar de la gente, sino que va más allá: es la actitud y la predisposición de Dios hacia el hombre y su historia. Jesús aparece como la preocupación y el cuidado de Dios por su pueblo.

Dado que Jesús se conmovió al ver a toda aquella gente necesitada de guía y de ayuda, podríamos esperar de Él que obrara algún milagro. Sin embargo, se puso a enseñarles muchas cosas. He aquí el primer pan que el Mesías ofrece a la multitud hambrienta y perdida: el pan de la Palabra. Todos nosotros tenemos necesidad de palabras de verdad que nos guíen y que iluminen nuestro camino. Sin la verdad, que es Cristo mismo, no es posible encontrar la orientación correcta en la vida.

Cuando nos alejamos de Jesús y de su amor, nos perdemos y la existencia se transforma en desilusión e insatisfacción. Con Jesús al lado, se puede proceder con seguridad, se pue-

den superar las pruebas, avanzar en el amor hacia Dios y hacia el prójimo. Jesús se hizo don para los demás, convirtiéndose así en modelo de amor y de servicio para cada uno de nosotros.

Que María Santísima nos ayude a hacernos cargo de los problemas, de los sufrimientos y de las dificultades de nuestro prójimo, por medio de una actitud de compartir y de servicio.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Reunidos en el nombre de Jesucristo, que ha sido constituido por Dios como Pastor de la Iglesia, elevemos con confianza nuestras súplicas a Dios Padre, para que escuche las oraciones de su rebaño.

- 1.** Por los pastores de la Iglesia; para que en el ejercicio de su misión busquen siempre el bien de los fieles y no su propio interés. **Roguemos al Señor.**
- 2.** Por los que son llamados por Jesús para seguirlo más de cerca; para que con generosidad renuncien a sí mismos y no antepongan nada a la invitación del Señor. **Roguemos al Señor.**

3. Por la reconciliación en el mundo entero; para que Cristo, que derribó con su cuerpo el muro del odio conceda la paz a los de lejos y a los de cerca. **Roguemos al Señor.**
4. Por todos los que caminan errantes por la vida, como ovejas sin pastor; para que descubran en Cristo a quien puede conducirlos por el camino justo. **Roguemos al Señor.**
5. Por nosotros, aquí presentes; para que haciendo las paces unos con otros podamos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu. **Roguemos al Señor.**

Escucha, Señor, las oraciones de tu Iglesia, convocada para la Pascua semanal, y concédele gustar en la palabra y en el pan de vida la presencia de tu Hijo, para que lo reconozcamos como el verdadero profeta y el pastor que nos guía hacia las fuentes de la vida eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oración después de la comunión

Oremos (Se hace un momento de silencio)

ASISTE, Señor, a tu pueblo
y haz que pasemos del antiguo pecado

a la vida nueva

los que hemos sido alimentados

con los sacramentos del cielo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





25 de julio

**SANTIAGO, APÓSTOL,
PATRONO DE ESPAÑA**

Solemnidad

Monición de entrada y acto penitencial

En este domingo celebramos la solemnidad del Apóstol Santiago, patrono de España. Jesús, *“pasando junto al lago de Galilea vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban repasando las redes, y los llamó, y les dio el sobrenombre de Boanerges, que significa Los Truenos”*.

A nosotros también Cristo-Jesús nos llama a fin de que sigamos sus huellas y, con sencillez y confianza, demos testimonio del Evangelio. No siempre lo hacemos así por eso pedimos humildemente perdón al inicio de la celebración. É

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

- Tú que has querido construir la Iglesia sobre el cimiento de los Apóstoles. Señor ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

- Tú que has dado a los hombres el Pan de tu Palabra. Cristo

ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

- Tú que has entregado tu Cuerpo y tu Sangre para nuestra salvación. Señor ten piedad

Rx. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)



h Dios todopoderoso y eterno,
que consagraste los primeros trabajos
de los apóstoles con la sangre de Santiago,
haz que por su martirio,
sea fortalecida tu Iglesia y, por su patrocinio,
España (nuestro pueblo) se mantenga fiel a Cristo
hasta el final de los tiempos.

Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La fe, que nos legaron los apóstoles, y en concreto EL apóstol Santiago, no es solo el rezo del Credo, aunque se expresa en él. Transmitir la fe no quiere decir dar información, sino fundar un corazón en la fe en Jesucristo. Trasmistir la fe no es algo que se pueda hacer mecánicamente: “Mira, toma este libro, estúdialo y luego te bautizo”. No. Es otro el camino para trasmitir la fe: se trata de trasmitir lo que nosotros mismos hemos recibido. Ese es el desafío de un cristiano: ser fecundo en la transmisión de la fe. Y es también el reto de la Iglesia: ser madre fecunda, dar a luz a sus hijos en la fe.

La transmisión de la fe atraviesa las generaciones, desde la abuela a la madre, en un aire perfumado de amor. El mismo Credo viaja no solo con las palabras, sino con las caricias, con la ternura.

La primera actitud en la transmisión de la fe es claramente el amor; y la segunda es el buen ejemplo, el testimonio. Trasmistir la fe no es hacer proselitismo, es otra cosa, es

algo más grande aún. No es buscar gente que apoye a este equipo de fútbol, a este club, a este centro cultural...; eso está bien, pero para la fe no sirve ese proselitismo. Lo dijo muy bien Benedicto XVI: *“La Iglesia crece no por proselitismo sino por atracción”*. La fe se trasmite, pero por atracción, es decir, con el buen ejemplo, manifestando en la vida de todos los días aquello en lo que se cree que nos hace justos a los ojos de Dios, suscitando curiosidad en cuantos nos rodean. Y ese testimonio provoca curiosidad en el corazón del otro, y esa curiosidad la emplea el Espíritu Santo y la va trabajando por dentro.

La Iglesia cree por atracción, crece por atracción. Y la transmisión de la fe se da con el ejemplo, hasta el martirio. Cuando se ve esa coherencia de vida entre lo que hacemos y lo que decimos, siempre viene la curiosidad: *“¿Por qué ese vive así? ¿Por qué lleva una vida de servicio a los demás?”*. Y esa curiosidad es la semilla que toma el Espíritu Santo y la lleva adelante.

Finalmente, la transmisión de la fe nos hace justos, nos justifica. La fe nos justifica y, en la transmisión, damos la justicia verdadera a los demás.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos hermanos a Dios Padre todopoderoso, que infundió la fuerza de su Espíritu al apóstol Santiago para serle fiel hasta derramar su sangre, y pidámosle, por su intercesión, por España y por el mundo entero.

1. Por la Iglesia, especialmente la que peregrina en las diócesis de España; para que guarde sin alterar en todo el mundo la enseñanza que recibió en sus orígenes por medio de la predicación apostólica, y surjan vocaciones sacerdotales que la transmitan con fidelidad de generación en generación. **Rogemos al Señor.**

2. Por el Rey y por las instituciones del Estado: el Gobierno de la nación, el Congreso y el Senado, los Tribunales de justicia, el Ejército; para que todos ellos realicen su gestión con espíritu de servicio, interpretando el recto sentir común, y sin afanes partidistas. **Rogemos al Señor.**

3. Por todos los pueblos de España; para que el testimonio de Santiago nos estimule a construir un país en paz, en buena convivencia, donde todo el mundo pueda vivir con dignidad. **Rogemos al Señor.**

4. Por aquellos que, como Santiago, el primero de los apóstoles que derramó la sangre por el nombre de Cristo, sufren persecuciones por su fe en Jesús; para sean semilla de una

nueva primavera cristiana en nuestra nación, que lo venera como patrono. **Rogemos al Señor.**

5. Por todos nosotros; para que el Señor, que ha santificado nuestra tierra con el sepulcro de Santiago, nos ilumine con el testimonio de su martirio y nos fortalezca, de manera que estemos dispuestos a beber, como él, el cáliz de Cristo. **Rogemos al Señor.**

Dios todopoderoso y eterno, escucha nuestra oración y fortalece nuestras débiles voluntades, a fin de que seamos como el santo apóstol, fieles a su llamada y anunciemos el Evangelio hasta los confines de la tierra.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oración después de la comunión

Oremos (**Se hace un momento de silencio**)

Al darte gracias, Señor,
por los dones santos que hemos recibido
en la solemnidad de Santiago, apóstol,

patrono de España,
te pedimos que sigas protegiéndonos siempre
con su poderosa intercesión.

Por Jesucristo nuestro Señor.

El pueblo responde:

Amén.

Rito de conclusión pg. 18





CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-PASCUA

CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-TIEMPO ORDINARIO

Canto de entrada

¡Sálvanos Señor Jesús! CLN A-14

Alrededor de tu mesa CLN A-4

Reunidos en el nombre del Señor CLN A-9

Pueblo de Reyes CLN 401

A Dios den gracias los pueblos CLN 510

Canto de comunión

Donde hay caridad y amor CLN O-23

Os doy un mandamiento nuevo CLN 729

Gustad y ved CLN O-30

SOLEMNIDAD DEL APÓSTOL SANTIAGO

Canto de entrada



Id, a - mi - gos, por el mun - do
Sed, a - mi - gos, los tes - ti - gos



a - nun - cia do_el a - mor, men - sa - je - ros de la
de mi re - su - rrec - ción, id lle - van - do mi pre -



vi - da, de la paz y_el per - don.
sen - cia, con vo - so - tros es - toy.



de la paz y_el per - toy.
con vo - so - tros es - toy.

Gustad y ved CLN O-30



Delegación Episcopal de Liturgia